Ustedes no entienden mi trabajo. Att: La Muerte

Angela Yessenia Mora Morales

Capítulo 1

CAP. 1

La brisa es fresca y el sol se está ocultando, cierro mi libreta de notas pasadas para apreciar aquel momento. Hace mucho que no venía a esta casa de campo. Recuerdo el día en que la compré, estaba emocionado y satisfecho, el mundo de las letras me había brindado la posibilidad de cumplir muchos de mis propósitos, de mis sueños.

El sol se ha ocultado. Los grillos comienzan con su sinfonía y el viento les acompaña. Miro la libreta que hace poco leía, ahora no recuerdo el por qué la inicié, pero no creí que todas las locuras (como le llamaban mis amigos), fueran tan entretenidas.

Mi esposa y mi hija han ido a la ciudad, quieren ropa para la fiesta de mi cumpleaños, que por cierto es en dos días. Tienen todo preparado, pero... ¿Por qué no me emociona? no lo sé, no quiero preocuparme en este momento; aprecio entonces, otra vez, la maravilla de la noche, en silencio, como me gusta.

* * *

¿Qué ha pasado? Parece que el silencio me ha hecho dormir; pero este lugar es diferente, o al menos eso creo, es lo mismo, pero le falta brillo. Tal vez tengo frío, iré a dormir. Busco la libreta, no está donde la dejé, ¿dónde está?

–Respóndame una pregunta caballero –habló alguien tras de mi. La oscuridad no me dejó ver bien su rostro –¿Qué tienen ustedes, amantes de las letras, en contra o a favor de mí? –dijo mientras me entregaba la libreta.

–¿Quién es usted? –, pregunté, no sé si por curiosidad o por impulso.

–Vaya... ustedes escriben de mí como si me conociesen, y no son capaces de diferenciarme del resto –, bromeó, creo; yo trataba de mirarlo como

cualquier otro, pero algo en él me era, de cierto modo, espantoso.

–Deja de molestarle –esa era una mujer–, dile mejor el por qué estamos aquí –, le exigió.

A diferencia del hombre ella era sublime, de voz delicada y amigable, algo así como una madre.

–Bien –respondió con desgano–, queremos que nos acompañe.

Esas palabras me alertan, no sé quienes son, no pienso seguirles. La chica me está mirando, parece haberse dado cuenta de mi impresión.

–Será mejor que nos presentemos –habla ella mientras me sonríe–. Pero no se asuste, solo queremos hacerle una consulta. Yo soy Tania.

–Y yo soy Kress –la verdad no comprendo el por qué debería de asustarme–. Soy la muerte violenta –, dice él, como si supiera que esas palabras me asustan.

–Cálmese –vuelve a intervenir Tania–, solo queremos saber el por qué escriben tanto de nosotros.

–¿A...a qué se refiere? –pregunté con temor.

–Pues verá... él es la muerte violenta, pero yo soy la muerte pacífica. Días atrás conversábamos sobre quién se llevaría a un escritor, del cual no recuerdo el nombre; lo encontramos dormido en el estudio, al parecer había trabajado hasta tarde en su obra, la cual estaba encima del escritorio. Nos dio curiosidad y leímos, en la obra cuestionaba nuestro trabajo –explicó ella.

–Pero de forma horrible –interrumpió Kress–. Nos culpaba del sufrir de miles de personas, como si fuésemos los victimarios de ellas. Lo único que nosotros hacemos es cumplir una tarea; o dígame usted ¿qué sería del mundo si no muriese nadie?

Esa pregunta me ha hecho pensar demasiado, pues... tiene razón; es el

ciclo de la vida, vivimos para cumplir una misión y luego irnos.

–¿No piensa respondernos? –insistió el hombre.

–No, no es eso... solo que me ha hecho pensar. Pero entienda que no todo el mundo tiene la posibilidad de hablar con la muerte en persona, caballero –le respondí.

–Él tiene razón Kress –dijo Tania.

–Bien –responde él–, resuélvame esto último; sé que mi forma de matar es dolorosa, pero, ¿cree que no hay gente que lo merece?

–Y yo le cuestiono lo siguiente: yo mato a la gente de una forma sutil, entonces ¿por qué sienten un odio hacia mí? –, me pregunta Tania.

No sé qué decirles, ponen mi moral en duda.

Pero se han desvanecido, no están, se fueron. Hay una hoja al final de mi libreta:

"Volveremos por una respuesta".

Capítulo 2

CAP. 2

Un sueño. Así califico lo que anoche pasó. Debo de hacerle caso a Marie sobre dormir bien y dormir en mi cama.

Nuestros 40 años de matrimonio me lo ha recomendado, pero en los últimos 10 años ha sido más reiterativa. Si no le he prestado atención es debido a que mi memoria es frágil y mis escritos no daban (y siguen sin dar) espera; no es porque no la ame. Eso nunca. Desde los días en que con mis amigos esperábamos a las afueras de aquel ostentoso colegio femenino, siendo jóvenes hambrientos del néctar desconocido del amor; desde esos días, mi vista se posaba sin remedio en su castaño y ondulado pelo, adornado siempre por hermoso lazo color menta.

Recuerdo que en aquel tiempo, en la felicidad de mis catorce años, no lograba verla de frente. De alguna inexplicable manera, la única señal que me indicaba su recorrido era el lazo verde menta. Fue de ese modo, por los tres meses que fuimos a ese colegio, que la veía de espaldas, su rostro era un total misterio para mí.

No ocultaré que me entristecí al ver la llegada de las vacaciones, dos largos meses estaría sin ver aquel lazo, o al menos eso fue lo que cruzó por mi mente.

Caminaba triste por el parque principal pensando en mi "desgracia" con la vista al suelo. No imaginarán mi alegría cuando, en el puesto de algodón de azúcar, vi el castaño y ondulado pelo con el lazo color menta.

Esperé a que lo comprara y que se sentara en una de la bancas de madera del parque, debía ver si iba sola o no.

Al asegurar que nadie estaba acompañándola me acerqué sentándome al otro extremo de la banca. Sentí su mirada, pero yo todavía no veía su rostro.

—Toma —me dijo extendiendo un poco de algodón de azúcar, yo lo recibí aún sin mirarla—. ¿Sabes que es de mala educación no ver a la gente a

los ojos cuando te da algo? —reclamó.

No quería dejarle una mala primera impresión de mi parte. Fue entonces que descubrí su rostro, un poco quemada la blanca piel por el sol, los ojos color avellana, reluciente a la luz de las cinco de la tarde de aquel miércoles, su pequeña nariz y sus labios gruesos y rosados manchados de un tenue fucsia debido al algodón de azúcar. Y el lazo color verde menta en su cabello.

—Gracias —contesté.

—¿Cómo te llamas?

—Eduardo ¿y tú?

—Marie.

Fue nuestro primer cruce de palabras, palabras a las que le siguieron una amena conversación en la que me enteré que ella era un año menor que yo, que le gustaban las flores, los claveles en especial, y que tenía que irse a las clases de violín que, a petición de su abuela, tomaba.

Prometimos encontrarnos al día siguiente en el mismo lugar a la misma hora.

Esperando a que esa hora llegara, rogué a Marcos, un amigo hijo del dueño de una floristería, que me diera unos claveles bajo el juramento de que después se los pagaría. Accedió ganándose mis agradecimientos de por vida, pues esas flores de rosado tono, en honor al algodón de azúcar, fueron iguales el día en el que le pedí a Marie que fuera mi novia, y el día de la proposición de matrimonio y el día del matrimonio.

No sabía que la vida era capaz de darme tanta felicidad con una hija, mi hermosa Sara, nombre que tituló en uno de mis más grandes éxitos.

Claro, soy humano y, como humano, también tuve mis problemas, pero quiero recordar lo lindo, al menos ahora que disfruto de mi café con huevos revueltos. Tiendo a desayunar más, pero Marie no está. El teléfono suena, debe de ser ella.

—Hola querido.

—Hola, ¿Ya vienen?

—No querido, la carretera está cerrada hasta tarde por unas obras en la vía.

—Oh...

—En la nevera hay arroz y un poco de platanitos. Te llamaré cuando salgamos. Te amo. Adiós.

—Adiós.

Otro día solo en la casa, de seguro debían de quedarse por mucho tiempo esperando que les dieran paso.

—Entonces tenemos todo el día para conversar ¿no, caballero? —apareció aquel hombre sentado en una de las sillas del comedor.

Esto no puede estar pasando, él es un mal sueño, no tiene por qué estar aquí.

—Parece estar pálido, le advierto que todavía no es su hora —sonríe burlonamente, disfruta mi malestar.

—¿Podrías ser más amable con él? —ella también es parte del sueño.

—¿Qué es lo que buscan? —dije al borde de mi capacidad, temeroso en cierto modo.

—No lo olvide tan rápido —pidió el hombre—. Repetir las cosas daña mi diversión.

—Es suficiente Kress —regañó la chica—. Queremos una respuesta a las preguntas de ayer —se dirigió a mí apaciblemente.

Sus ojos fijos en los míos envolvían mis fuerzas de alejarme y salir de ahí. Cuando por fin logré darme vuelta, no estaba en la casa.

—¿Lo recuerdas? —la voz femenina cuestionó.

Claro que recuerdo este lugar, es el parque principal, sus grandes árboles llenos de años, que cubrían a los enamorados del sol, y las bancas de madera, testigas de tantas historias. Era tal como lo recordaba. Las lágrimas amenazan con salir para acompañar a su amiga, la nostalgia.

Mi mirada se pasea por todo el lugar, hasta toparme con... el lazo color verde menta.

—Es 1959, viejo —aclara Kress.

Mi silencio se mantiene, no hay nada que decir.

—¿Recuerda a Thomas Wilson?

Obviamente lo hago, ese infeliz hijo del jefe americano de mi padre, que pasaba en su bicicleta humillándome.

—*No conquistarás a Marie* —aseguraba—, *no se metería con alguien de tu clase.*

El hecho de que fuera el hijo del jefe de mi padre era la razón por la que no le daba su merecido.

Cuando se enteró de que Marie era mi novia, pretendió volverme a humillar. Para ese entonces, mi padre ya no trabajaba en la compañía de su padre, por lo que con total libertad desahogué mi rabia acumulada desde los ocho años. Aquello me costó un día en la comisaría del pueblo, pues así se enderezaba, en ese tiempo, a los que provocaban problemas. El único beneficio, saber que le dejé la nariz en recuperación por tres meses.

—Le diré lo que fue de él luego de su matrimonio con Marie —empezó el hombre —. No lo pudo soportar, la necesidad de saber de ella lo abrumó, la compañía estaba tan descuidada, que cuando la quiso recuperar, no vio otra opción más que el juntarse con la mafia.

»Fueron años de asesinatos, corrupción, robos, extorsiones y complicidad con esa gente. En uno de sus viajes se topó con Marie, su obsesión regresó con más potencia. Hacía el trabajo sucio para conseguir más dinero, para costear los regalos que Marie siempre devolvía. Él la quería de sobremanera.

»Los costosos regalos, cada vez más extravagantes, atiborraron su vida. Una falta en un contrato, un mal negocio y una traición a la mafia le costó la vida.

»Muerto el 12 de agosto de 1978, agonizando mientras los perros le mordían las piernas luego de una paliza que no lo mató antes, terminó Thomas Wilson, el hombre que usted detestó toda su vida y el que hizo tambalear su matrimonio debido a los regalos hacia su esposa.

No sé el momento en el que aparecimos en el cementerio, frente a la tumba de Thomas Wilson.

—Parece que sus palabras se cumplieron —decía con una sonrisa de psicópata—: "*ojalá que muera como el perro que es",* solías decir ¿Por qué tu corazón y alma tiemblan si fue tu deseo? ¿Por qué te parezco malvado?

Otra vez se esfumó y aparecí de nuevo en la sala de la casa. No pensé que él hubiese muerto así... Simplemente no lo puedo creer.

Estoy seguro de que no fue un sueño, esos dos no descansarán hasta que responda, pero... ¿Qué debo responder?

Capítulo 3

CAP. 3

Pretender estar tranquilo luego de tamaña experiencia (y con la certeza de que no termina) se me es de suma dificultad.

Marie y Sara llegan en, aproximadamente, dos horas, son las 8:00; debería estar feliz, al fin tendré un buen desayuno y podré estar acompañado, pero viéndolo bien… ¿es seguro?

No deseo que mi hija o esposa se encuentren con esos dos t menos que me crean loco.

Tiempo para pensar es lo que no he tenido, la impresión de que me busquen, mejor dicho, la sola existencia de la muerte me tiene en un trance de asombro, miedo e intriga.

Pero debo calmarme, muchas veces tiendo a desesperarme y quedarme estancado. Mi madre (y luego mi propia esposa) me hizo énfasis en ese tema, "nadie piensa con la cabeza caliente" eran sus palabras antes de pasarme un agua de panela con limón con un trozo de pastel o pan o galletitas o cualquier cosa que hubiese, esa mujer tenía un plan desde la A hasta la Z; siempre con su gran sonrisa, siempre preocupada por todos.

Voy a buscar mi álbum de fotos, ella aparecerá ahí.

* * *

Siempre que te entretienes, el mundo a tu alrededor se pausa, o al menos eso pensamos, porque en realidad pasa muy rápido.

El sonido de la puerta abriéndose anuncia la llegada de unas de las personas que más he querido.

—Hola papá —saluda Sara—, ¿Qué tal te la pasaste?

—Bien —respondo ignorando lo ocurrido.

—No vuelvo a salir en temporadas de lluvias —se queja Marie—, las montañas siempre se desmoronan.

—Lo bueno es que ya están aquí —le hago ver el lado positivo, si es que puedo llamarlo así.

—Ya es muy tarde, me voy a dormir —dice mi hija.

—Descansa.

Nada más, el silencio se ha apoderado de la sala, no tengo tema de conversación, eso es todo, dejaré que ella ponga el tema.

—¿Ya cenaste?

—Sí, no es que tenga mucha hambre.

—¿Desde cuándo es eso?

—Oye, no soy tan hambriento.

—Será creerte —hace una pausa y añade—: yo también estoy cansada, me iré al cuarto —dice yéndose a las escaleras—, ¿No vienes?

—En un rato, tengo algo que hacer.

—Bien.

Voy a guardar el álbum de fotos, no es algo que no pueda hacer mañana pero… quisiera tener más tiempo para pensar la razón de seguirles el juego en contra de mi voluntad ¿Qué ganan ellos como para seguir insistiendo? Tal vez solo se divierten de esa manera, sin embargo, parecen serios al pedir respuesta. Y entre idea que viene e idea que va, ya estoy preparado para dormir.

Marie no da señales de estar despierta, me podré dormir rápido.

Cerrar los ojos, concentrarme en mi respiración y dormir, solo eso… quedarme… dormido…

—Hola —esto no me puede estar pasando— necesito mostrarte algo.

—Marie está dormida, no quiero despertarla.

—No se preocupe, ella no se dará cuenta.

—Pero… —y ya no estoy en mi cuarto.

Este lugar me es familiar.

—Es la casa de tu madre.

—¿Y cuál es el fin de todo esto? —si es como lo otro, no quiero, no puedo

verlo de nuevo.

—Solo mire —pide Tania.

El antiguo teléfono sonó, y una mujer, mi madre, salió de la concina, con su típico delantal de flores, a toda prisa.

—¡Hola! —dijo, gritó más bien—. Ay perdón mijo, ¿Cómo ha estado? ¿Sí me lo han tratado bien?... ¿Cuándo viene?... Su papá por ahí anda… —y cosas a ese estilo respondía.

Evitar que se me achique el alma es difícil, recuerdo aquella conversación, una de las tantas que tuvimos, muy bien. Por aquel tiempo, yo, rondando mis veinticuatro años, estaba viajando por Europa, siendo el asistente de un escritor que me había descubierto, por casualidad, una tarde de domingo, mientras tomaba un café y escribía en una de las banquitas de la tienda de don Julio.

Mi madre siempre llamaba, y yo igual lo hacía, pero en menos cantidad. Recuerdo que llegaba a preguntarme hasta diez veces si estaba bien, y si Marie también lo estaba, porque sí, Marie me acompañó en aquella aventura.

Y pese a que las llamadas fueron tantas, estas, indudablemente, quedó grabada en mi mente.

No le había hablado durante mucho, durante unas tres semanas, por eso fue que gritó el saludo cuando contestó, y les aseguro que gritó más fuerte cuando le dije la falta de mis llamadas.

Esas semanas estaba terminando los preparativos para publicar mi primer libro, y juro que todo el barrio, mejor dicho, todo el pueblo se enteró de ello; en ese momento, recuerdo que tuve que alejarme del teléfono lo suficiente para que no quedar sordo. Su emoción era tanta, que al final me dio la bendición sin contener su llanto, estaba tan feliz de mi triunfo.

Pero esa llamada también tiene un lado triste. Un mes después, en el auge de las ventas del libro, un martes a las 9:00 a.m (hora en la que ella siempre llamaba), del teléfono se escuchó la voz de mi padre, sin ánimo, triste.

—Tienes que venir —fue lo que dijo—, tu madre no está bien, te estoy llamando en contra de sus deseos, no quieres que te preocupes pero…

—Mañana mismo tomo un avión allá estaré —y colgué el teléfono.

A los dos días llegué y fui donde ella estaba. El ambiente ha cambiado,

Tania me muestra esa escena.

Yo entrando, ella, en la cama, con su cabello suelto, sus ojos aún brillantes y su inigualable sonrisa.

—Ven —me dijo—, trae ese libro.

Lo tomé, y era mi libro.

—Me faltan cuatro páginas ¿me las puedes leer?

—Claro —dije sentándome al borde de la cama iniciando a leer.

Ella escuchaba en silencio, siempre sonriente, hasta el final de la lectura, cuando habló:

—Es muy bonito. Me gustó mucho, y este es solo el comienzo de tu gran éxito.

—Gracias —le dije—, cuando leas el que estoy haciendo estarás más feliz.

—Sé que será genial y que a la gente le encantará, tienes un don para eso —dijo—, yo ya leí lo suficiente, mis ojos no podrán seguir distinguiendo las letras.

—Haré que las impriman más grandes —dije ya con unas cuantas lágrimas recorriendo mis mejillas.

—No es necesario mijo —habló—, hay cosas que ya no son necesarias.

—Pero mamá…

—Shhh… —me silenció, suave, sin afán—, no te olvides que te quiero y siempre te estaré apoyando.

—Mami… —dije tapándome la cara para limpiar las lágrimas con una de mis manos.

Ella acarició mi otra mano, yo, todavía no podía mirarla.

—Llorar no solucionará nada mijo, sonríe… siempre… sonríe.

—Así fue —dice suavemente Tania—, el 15 de noviembre de 1969, como murió sonriendo.

Enfrente de su tumba es como pierdo la fuerza y caigo de rodillas soltando

un grito ahogado, lleno de dolor y rabia.

—No le pasó nada malo —me dice—, no sufrió y murió feliz, murió con lo que más amaba siendo su último recuerdo ¿Cuál es la razón para odiarme?

—¡Te la llevaste! Grito con fuerza y desespero.

—Entonces… ¿Cuándo me ibas a dar permiso?

Estar en la sala de la casa, solo y con el dolor de la herida más abierta que nunca, así estaba.

—Papá ¿qué te sucede? —dice Sara bajando las escaleras.

—No es nada importante —digo.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes, ve, descansa.

—Está bien, pero tú también deberías hacerlo.

Solo asiento con la cabeza, ella se retira, y yo vuelvo a quedar solo como esa vez.

Este sufrimiento ¿cuándo acabará? ¿Cuándo ellos estarán satisfechos?... Debo descansar, debo calmarme tal como lo decía mamá.

Capítulo 4

CAP. 4

Las calles de una ciudad tienen infinidad de facetas y caras. Yo vi surgir cada una de ellas, yo, paseo constantemente por ellas siendo siempre imperceptible, silenciosa.

Muy pocas veces me acerco a quienes habitan esas calles, me asustan; sus miradas son frías, llenas de odio; para mí, ellos encontraron otro tipo de muerte, una no oficial.

Prefiero las casas, ahí las personas son más apacibles, hay quienes parecen que me esperan, hay quienes saben de mi pronta llegada, pero aun así, no lo aceptan.

Y mientras recapitulo tantos momentos de mi existencia, admiro desde un rascacielos la vista nocturna de la ciudad, el bullicio de algunas de sus calles, las sirenas de una que otra ambulancia que anuncia una hora de trabajo.

—Esa es tuya —aparece Kress a mi lado—, no es divertido para mí, te toca.

No eran necesarias esas palabras, ya sabía que aquel personaje era para mí.

Aparecí entonces en ese hospital, uno decente, (creo que así los llaman a este tipo de hospitales), ni muy lujoso, ni muy pobre. Por la puerta entraron los paramédicos con una camilla, las sábanas de esta se habían teñido del color carmesí oscuro de la sangre. Siguiendo a la camilla, estaba una mujer sollozando, (parece que en la ambulancia la calmaron un poco), pero luego salió completamente de la llamada cordura al ver a la camilla entrar por el pasillo de urgencias.

—¡Dijeron que estaría bien! Discutía con uno de los paramédicos, estaba desesperada.

—Harán todo lo posible para estabilizarla —respondió, de acuerdo al protocolo, el muchacho, mientras sentaba a la mujer en una de esas horribles sillas de hospital, para iniciar, otra vez, a tranquilizarla.

Yo, fui a la sala de operaciones, donde habían llevado a la camilla. Dentro (en la sala) los cirujanos estaban trabajando a toda máquina. Al acercarme a la camilla lo comprendí, era una niña la que corría "peligro",

como lo llaman ellos, por eso a Kress no le interesó.

—¿Tú… tú sabes qué me están haciendo? —habló la pequeña desde un rincón de la habitación abrazando sus piernitas.

—No lo sé —contesté sinceramente—, los humanos tienen muchas cosas que no comprendo.

—¿No eres humana?

—No, o al menos eso creo.

—¿Cómo te llamas?

—Tania ¿y tú?

—Alexa, Alexa Rodríguez Muñoz.

Un nombre, solo eso necesito para enterarme de lo que ocurrió, las imágenes son rápidas, pero las voy a describir:

Alexa estaba solo en el carro, el carro estaba en una pendiente y su madre estaba recogiendo unos papeles en la casa de enfrente.

Ella estaba aburrida, se pasó a la parte del conductor e imaginó estar jugando como en los carros de carreras que su papá ve en televisión. Pero movió una palanca; el carro entró en movimiento y al finalizar la bajada se estrelló con un camión, no se desmayó, pero sintió algo que le oprimía el pecho y que de la estrechez le era imposible moverse; sentía que le caía sangre, no sabía muy bien de dónde, pero sabía que era sangre. Unos momentos después oía los gritos de su madre, los murmullos de la gente y voces de hombres dando (tratando) de decir y realizar las mejores indicaciones.

Luego, sirenas, muchas sirenas, ella deseaba que se callaran, le dolía la cabeza y el aire le faltaba. Abrieron algo del que hace unos momentos era el carro, ahora, era unas latas abolladas, sin forma. La sacaron, la subieron a una camilla y el recorrido se hizo eterno, la madre lloraba…

—¿Dónde está mamá? —preguntó la niña al instante del término del recuerdo, que como dije son muy rápidos.

—Está afuera, pero tú no puedes salir.

—Oye… ¿El accidente fue grave?

—Sí, sí lo fue.

—… —la niña palideció—, ¿Veré a mamá otra vez?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tú eres la muerte, tú deberías saberlo ¡¿Por qué lo haces?! ¿Acaso nos odias?

Yo estoy en silencio, ¿por qué siempre piensan eso? ¿Nosotros hacemos algo malo?

—¿Ya viste cómo estás? —señalé a la cama de operaciones.

Como supuse, la niña se acercó a ver, y retrocedió casi al momento de haberlo hecho.

Fijó sus ojos aterrados en mí, como si suplicara algo que no entendí.

—Vamos —le extendí mi mano.

—Yo… —bajó el rostro—, yo lo hice.

—No lo sabías; no te mortifiques por eso. Solo ven, el camino marcó su fin.

—Bueno —se resignó, tomó mi mano e iniciamos a caminar.

—Tengo una pregunta —dijo ella—, ¿Cómo es eso del camino y el fin?

—No es muy difícil —le sonreí— a veces, eso a lo que ustedes llaman destino, se le truecan las ideas o se le salen las cosas de las manos; ustedes siempre serán impredecibles. Su curiosidad e ingenio son mucho más fuertes y grandes que sus pequeños y limitados cuerpos, ustedes no lo entienden… hasta que se dañan o dañan a otro.

—Dijiste que no era difícil —dijo inconforme Alexa.

—Creo que es por lo que lo he dicho mucha cantidad de veces sonreí llevándome mi mano libre a la cabeza.

—¿Eres muy grande?

—S-sí… desde que ustedes están aquí he existido.

Ella iba a preguntar algo más, pero había llegado al punto en el que me es prohibido, a mí y (sobretodo) a Kress, pasar. La división de lo humano y lo celestial, ese es nuestro límite divino. Empujé a Alexa para que avanzara y cruzara el umbral destellante de luz blanca. Ante de entrar, se volteó para decirme:

—¿Sabes? Eres muy linda como para ser la muerte que siempre describen —y se fue.

No entiendo por qué ellos me odian, yo soy casi, imperceptible, ¿por qué creen que yo provoco el mal? ¿Por qué no entienden que no hacemos nada más que acompañarlos cuando sus cuerpos llegan al fin?

Son muchas preguntas. No sé si el escritor las pueda resolver.

Ese día, 10 de marzo de 2005, murió Alexa Rodríguez Muñoz, sus costillas rotas aprisionaron sus pulmones y corazón… Los cirujanos no pudieron salvar su cuerpo.

Capítulo 5

CAP. 5

Hay seres humanos de todos los tipos, pensables e impensables, buenos y malos. Yo, tengo cierto interés por esos impensables y malos, siempre les he tenido curiosidad, me son divertidos y, a veces, estúpidos; aunque he de admitir que en ocasiones me sorprenden en sobremasía. Los humanos son muy distintos entre sí, pero caen siempre en el juego tonto del destino. Para mí, esos seres monstruosos, no son más que los más débiles de la estirpe humana.

Hay momentos en los que me divierto con ese grupo bueno de humanos. Sus caras de susto son tan cómicas, que el regaño que luego me da Tania vale la pena. En otra ocasión comentaré sobre nuestra relación de trabajo, porque… inició la función.

Sonido de balas en las calles oscuras de esta gran ciudad, los carteles de la droga se están enfrentando por tener más calles bajo su mando, uno de los jefes logró subirse a su gran camioneta (es como0 un gran buldócer por el campo del asfalto mojado por la leve lluvia), pero se subió herido, una bala se le incrustó en medio de la quinta y cuarta costilla; quien hizo el tiro tiene una muy buena puntería ¡merece un reconocimiento!

Yo sigo a esa camioneta, a mi actor de esta noche. Entro a ese vehículo, es amplio y cómodo, pero para este tipo eso no significa nada ahora, sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero su orgullo de hombre le impide dejarlas salir. No me ha notado todavía, ¡así de grande es su dolor!

Me siento a su lado, soy elegante, espero a que noten mi belleza y cruzo la pierna. El hombre por fin me nota y su rostro, por el susto, está más blanco de lo que ya estaba; trata de sacar su arma, así inicia mi diálogo en este escenario:

—Ja, ustedes los humanos son chistosos —me burlo—, ¿Pretender matarme a mí? Nunca vi a alguien tan tonto —le sonrío de manera maléfica (es mi mejor sonrisa).

—Entonces… t-tú ¿Qué eres?

—Kress —hago la pausa, el suspenso es fascinante—, la muerte violenta.

¡Y el tipo pone su mejor cara! Sus ojos se abren, su boca hace lo mismo por inercia y sus manos tiemblan.

—Usted es…—su miedo incrementa con las palabras que pronuncio—, Alfonso Martínez Montaño ¿Cierto? —y al oír su nombre los ojos pierden su

color y una cuantas lágrimas encuentran su camino por las mejillas y se pierden en un bosque de barba algo crecida. ¡Qué imagen más entusiasta para mí!

—¿De qué habla? —pregunta anonadado; él lo sabe, su pregunta hace parte del protocolo humano.

—De que el fin está cerca —sonrío, mirándolo a los ojos.

Decir esas palabras o alguna variación de ellas, me hace sentir poderoso y, sin alardear, lo soy.

Y esta pobre cucaracha, pide que paren la camioneta, lo hace gritando, al borde de la desesperación. Se baja del carro de manera torpe, ¡su actuación es magnífica! Yo, aparezco detrás de él, que está aterrado. Me alza a ver, se voltea, y yo, voy hacia su lado izquierdo, tranquilo, mientras disfruto de la escena.

—¿Qué le pasó patrón? —habló uno de sus secuaces detrás de mí. Lo interesante de este trabajo, es que solo te ven los que tú quieras que te vean; por lo que el secuas, un joven de alrededor 25 años, ignoraba mi presencia.

—Te mataré —habla el desquiciado levantando su arma.

—Inténtalo —le reto.

—¿Qué dice patrón? —el pobre no entiende, y ya nunca más lo hará…

Cegado por creerse más que yo, apretó el gatillo. ¡Ja! Yo no muero… sería tonto que yo muriera, pero aquello es otro tema, así que pasemos a lo que aconteció después: la bala traspasó mi cuerpo sin hacer ningún daño, y se detuvo en la mitad del cerebro del secuas, la bala le dio entre las cejas, un fin seguro, pero no de los que a mí compete, su alma, está fuera de mis alcances o de los de Tania. Aquel no fue un fin del destino, sino un fin impuesto, no contemplado.

Volviendo al tema principal, el hombre está más que aterrorizado; en ese lugar, cree que puede huir entre los árboles; estamos muy alejados de la ciudad y él tiene más miedo aún, y aunque esto es divertido, mi trabajo tiene que estar hecho rápidamente.

Así que fui tras él, entre los árboles y las sombras, entre el viento aullador y su frío. Lo encontré perdido, pero con una bestia delante.

Hagamos una pausa ¿bien? Para este tipo, es necesario tener un poco más de maña, la bestia es un regalo mío para con el teatro que el destino está haciendo, y ¡¿qué?! Siempre hay que ayudar ¿no? Además a él (el

destino), le gusta, así que todos ganamos.

* * *

Alfonso Martínez Montaño, muerto el 10 de Marzo del 2005. La bestia (me refiero a mi regalo), lo tumbó e inició a arrancar sus intestinos; aquel, que muchas veces impuso el fin, rogaba, imploraba, la piedad que infinidad de veces negó. Su cuerpo pereció cuando no tuvo suficiente sangre.

A diferencia de Tania, que lleva las almas hasta el límite celestial, yo no lo tiendo a hacer, pues la mayoría de humanos con los que me divierto, no tienen o no le queda alma que yo pueda guiar; pero las pocas veces que lo he hecho, son interesantes, pues alargan mi diversión…

El otro muchacho, al que esta escoria asesinó, no sé dónde esté. No era de mi incumbencia, él es para… unos entrometidos… los ángeles; pero claro, allá, en el lado celestial, también hay dos bandos. Tania y yo, solos, siempre hemos estado entre los humanos, más allá no conocemos.

El tipo, el cuerpo mejor dicho, se descompuso entre los árboles, nunca se supo de él, la policía lo buscó por un buen tiempo, su banda también, pero luego… luego ya no importó.

Capítulo 6

Cap. 6

Nunca he pensado en mí como supremo; soy importante, pero supremo jamás. Y, sinceramente no comprendo cómo hay quienes, pese a ser de mí mismo nivel, creen que pueden superar a nuestro ser supremo. No lo entiendo.

Viendo desde las nubes, aquel lugar en el que todos desean escapar, en el que todos desean algo más y, en el que todos, se ven tan solitarios; se encuentra un último aliento, una súplica de lo más pobre, pero que, de algún modo fue escuchada, porque… así es Él.

Yo, un ángel, voy al lugar donde la súplica ha sido dicha, al lugar donde los labios su último aliento escapar dejaron y los ojos la última imagen vieron.

El fin impuesto es como el pan de cada día (para quienes lo tienen) y más por esta época. Cuando esto ocurre, un ángel se encarga de encontrar a la persona y, elegir… En esta ocasión yo soy quien tiene que ir donde este pobre hombre.

Infortunadamente, no siempre es tan fácil como al decirlo.

—Vaya, vaya aureola —habla ese ángel oscuro, un ángel caído—, te demoras siempre, haz tu trabajo rápido.

A diferencia de nosotros, ellos no tienen permitido ver las memorias de los que fueron obligados a finalizar su camino.

No pretendo que su compañía se prolongue, no son mucho de mi agrado y sé que si se enojan pueden ser algo… problemáticos. No quiero dañarlo, al menos por respeto a nuestra muy antigua amistad.

El hombre, un joven mejor dicho, tiene un agujero de bala en medio de las cejas, el carro que está a unos cuantos pasos, sigue encendido y, el rostro; sería mejor que quien lo quiso no lo viera.

No fue un fin doloroso, pero sí impactante y confuso, un fin que a él mismo le asustó; su rostro lo muestra, sus ojos perdidos en el infinito lo explican.

—¿Te vas a quedar contemplándolo? —suelta ese ángel oscuro.

No respondo. Pongo mi mano sobre su frente, está helado, el agujero se puede sentir, la sangre seca igual y, entonces todos los recuerdos los

puedo ver.

Su nombre es Andrew, así, sin apellido, él no lo logra recordar, fue tirado a la calle por su propia madre (según ella, le dañaba el negocio) y una noche, casi tan fría como esta noche o su frente, se topó con un señor.

Se lo llevó como sirviente, pero bastó verle tan miserable que, de un modo raro en bestias como esa, le tomó aprecio.

Nunca, Andrew, dañó a alguien, le tenía miedo a las armas y, lloraba, lloraba como el niño de siete años que sacaron a la calle, lloraba porque quería huir, lloraba, porque no pretendía seguir escondiéndose y lloraba aún más por sentirse un caso perdido. Y delante de tanto miedo, un hombre al que sus compañeros respetaban, envidiaban más bien, porque el jefe le protegía, ¡cuánto hubiera dado por no importarle!

Pero todo ya era un pasado, todo era ya un recuerdo de lo más simple. Cuando esa bestia le apuntó con el arma, en ese momento, ya sabía él que solo un milagro lo salvaría; el problema es que los milagros no son como ir a la tienda y pedirlo, el milagro es algo más, mucho más profundo y celestial.

—Pueden retirarse —les digo a los ángeles oscuros—, no es suyo.

—Claro —se retira él primero—, mándales saludos al resto —dice antes, sin ningún remordimiento, riéndose inclusive.

Los otros dos le siguen y yo, solo al fin, tengo la tarea de sacar el alma del cuerpo.

A diferencia de las llamadas muertes, el asesinato provoca que el alma se confunda, me explico, el alma, va ligada al camino que cada ser humano está recorriendo, al terminar este tan drásticamente es… como si el alma pensara que algo está mal, por lo que se adhiere al cuerpo, es como si negara que el fin llegó, y que no es tan poderosa para hacer su voluntad. Los seres humanos tienden a ser obstinados, muy obstinados.

Una vez el alma ha sido separada del cuerpo, hay que llevársela, pero, otra vez, los humanos no son cosa fácil.

—¿Qué pasó? —inicia con las preguntas, Andrew.

Siempre tienen esa hambre por saber.

—Mira —le señalo el cuerpo sin vida.

—No —lo dice en lo que podría llamarse susurro.

Y, vuelve a llorar, sin quitar la mirada del que hace poco era su cuerpo, y llora tan quedamente, como por rutina, como si el dolor de pronto se lo comiera y lo masticara lentamente, y, entonces, como el niño que no ha dejado de ser, me toma de las ropas, y ruega:

—Y-yo… no he dañado a la gente ¡perdóname por favor! Por favor, y-yo… perdón, perdón, perdón… —se deja llevar otra vez por el llanto.

Le toco el hombro, sus ojos vidriosos me miran suplicantes.

—Vamos —me levanto y le ofrezco mi mano.

Él la toma y me sigue. Al llegar al límite divino, duda.

—A-allá ¿qué es?

—¿Te parezco malo?

—… —silencio que demuestra su vergüenza, pasamos, él, ahora tendrá que hacer ver que merece estar en el paraíso.

No puedo describir lo que aquí hay. Existen cosas que es mejor que los humanos no conozcan, por el bien de los dos mundos.

* * *

El angelillo ese es estresante, sí, fui uno, pero eso es algo que me atormenta ahora; los ángeles y Él son aburridos, yo, aquí, me divierto, mucho, mucho más de lo que lo hice en vida. Pronto, muy pronto, ellos tendrán que entender que el mundo necesita nuevos parámetros.

* * *

—¡No!

—Como tú quieras, a fin de cuentas no eres tan necesario —dicen esos ángeles oscuros.

—Ustedes van a sufrir.

—No lo creo.

Y se van.

Nunca aceptaría una proposición como esa, sería divertido por un tiempo, ¿y luego qué? No, no y no, se los repetía muchas veces.

Sé lo que pasará, unas veces me divertí así hasta que hice el trato con Tania, podré parecerles malvado, pero nunca un traidor.

Voy a mantener mi promesa, pero algo malo va a llegar, solo ahora, los ángeles no me caen tan mal, solo los ángeles.

* * *

Andrew, asesinado el 10 de marzo del 2005, por quien decía protegerlo.